

## Heridas invisibles

(por Zaida Ruiz)

Ana vive con su pareja en un apartamento. Es risueña, extrovertida, espontánea. A veces él se inmiscuye demasiado en sus relaciones con otras personas. De vez en cuando mira su móvil sin poder evitar leer sus mensajes. – ¿Ya estás otra vez cotilleándome el móvil? – le increpa Ana en tono guasón, pero sin esconder su molestia. No es la primera vez que lo hace, en ocasiones siente ataques de celos infundados. Ana sale con amigos y amigas, le gusta ir a la montaña y andar, su trabajo le agota pero le hace feliz. De un tiempo a esta parte su energía ha decaído. Pasa de contestar a mensajes y llamadas de amigos, se deja ver poco en reuniones sociales y, en consecuencia, su círculo de amistades se ha reducido. Su pareja ha pasado a ser casi la única persona con la que interactúa y con la que se relaciona más allá del trabajo. Las aguas parece que se han calmado en su relación. Ya no hay disputas sobre con quién sales o con quién no, ni controles tan férreos sobre los detalles de lo ocurrido en reuniones de amigos y colegas de trabajo a las que él nunca quiere asistir, a pesar de la insistencia de Ana. Sencillamente no sale. Le quiere. Quizá, a veces, no es ese hombre perfecto de cuento infantil, pero son rachas, cambiará. Ana se esfuerza en no disgustarlo y en que la relación mejore. No aguanta verlo malhumorado y exaltado todo el día. Trabaja fuera de casa y se ocupa de las tareas domésticas al llegar. Cada vez está más demacrada. Le quiere. Su amiga Sonia se puso pesada y Ana acabó descolgando el teléfono: – Ana, por fin te dignas a hablar conmigo. ¿Qué pasa que tienes abandonados a tus amigos? – Nada. Voy liada últimamente. – No será el tío este con el que estás, ¿no? – ¿Samuel? ¿Por qué dices eso? Que va, de verdad, voy liada...el curro y eso... – Pues no sería la primera vez que este tío te la lía. Ana, te conozco, tú no eres así, has cortado relación con mucha gente que te quiere, hace meses que no nos vemos... ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Esa pregunta resonó en su cabeza incluso después de haber colgado el teléfono. Le quiero, le quiero, le quiero...se repetía a sí misma casi como un mantra. A Ana nunca le han puesto la mano encima.